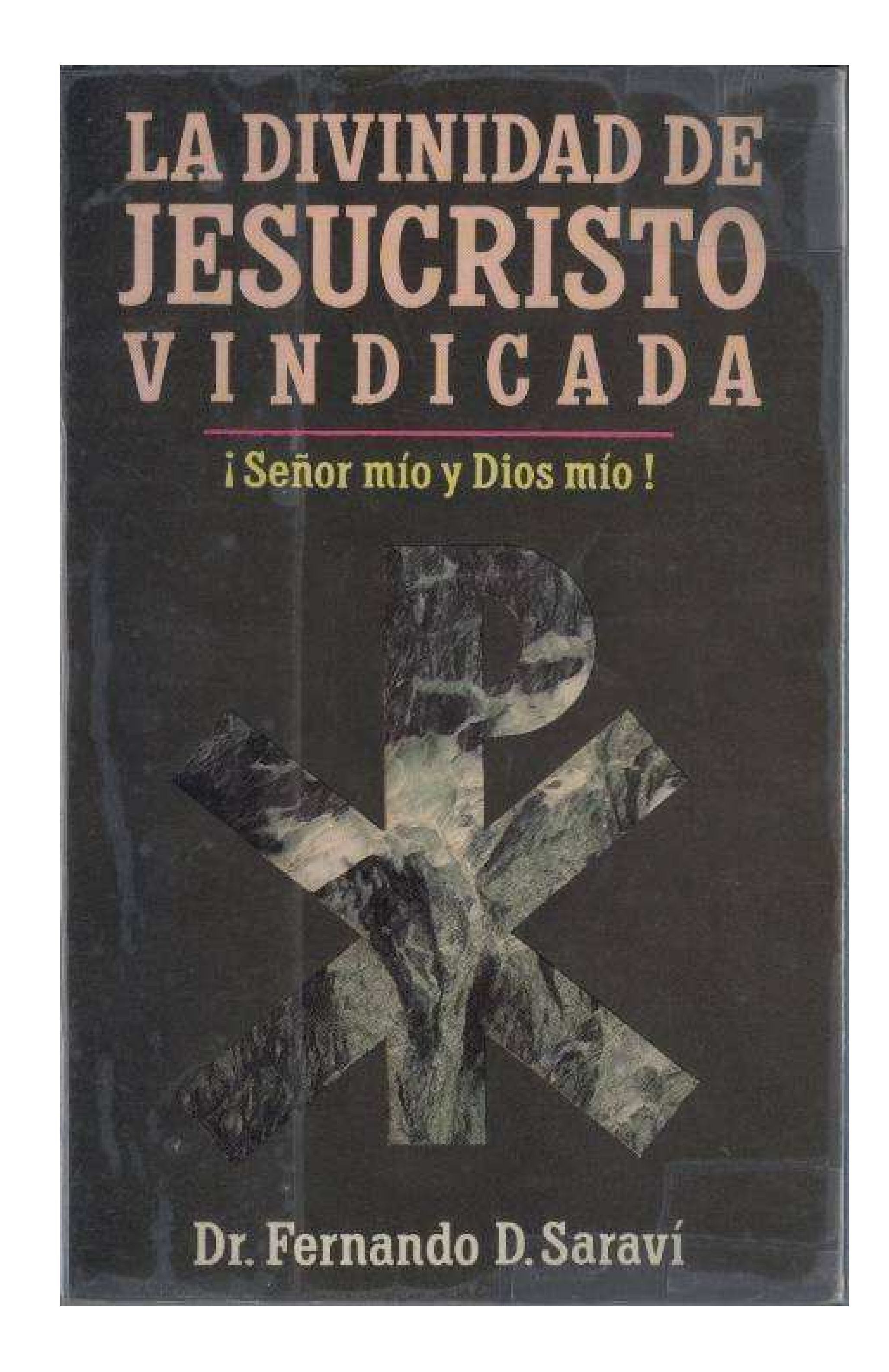
Resulta chocante la osadía de los autodenominados *«Testigos de Jehová»* y que recientemente han cambiado su nombre por el de *«Testigos Cristianos de Jehová»* cuando por su negación de la doctrina cristiana de la divinidad de Jesucristo, su verdadero nombre debería ser el de *«Testigos de Arrio»*, el perturbador de la fe de los apóstoles en los siglos II y III, que hizo reaccionar a los Padres de la Iglesia en defensa del Cristo Dios, cayendo a sus pies y exclamando como Tomás: «Señor mío y Dios mío.»

La presente obra del Dr. Saraví va, no obstante, mucho más lejos de una simple refutación de los errores doctrinales de los «Testigos». Discute la base bíblica de la fe cristiana en la divinidad de nuestro Señor, de forma tan erudita y documentada que la convierte en texto ideal para Institutos bíblicos y Grupos de Estudio.

El doctor Fernando Saraví es profesor de biofísica en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Cuyo (Rep. Argentina). Es miembro del presbiterio de una Asamblea de Hermanos en Mendoza y reconocido maestro y expositor de la Palabra. A sus 34 años, vive en esta ciudad, junto a su esposa Viviana y sus hijitos: Julieta, de cuatro años y Adrián, de dos.

Clasifíquese: SECTAS
Ref. 223456
ISBN 84-7645-352-3



DEDICATORIA
In Memoriam

A don Jaime R. Taylor (1908-1988),

hermano en la fe,

amigo muy querido,

guía espiritual.

Libros CLIE
Galvani, 113
08224 TERRASSA (Barcelona)

LA DIVINIDAD DE CRISTO VINDICADA

Depósito Legal: B. 29.009-1989
ISBN 84-7645-352-3

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,
E.R. nº 265 S.G. —Polígono Industrial Can Trias,
calles 5 y 8 — VILADECAVALLS (Barcelona)

Printed in Spain

Dr. Fernando D. Saraví

LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO VINDICADA

¡SEÑOR MÍO, Y DIOS MÍO! RESPUESTA BÍBLICA A LOS ERRÓNEAMENTE LLAMADOS TESTIGOS DE JEHOVÁ

Prólogo de Samuel Vila



ÍNDICE

PRÓLOGO

No hay cosa más nefasta y peligrosa que un nombre equivocado. Una equivocación de nombre en una farmacia o centro hospitalario ha llevado a personas inocentes a la muerte, y asimismo un error de nombre en religión puede alejar a las personas de Dios, en vez de acercarlas y llevarlas por el camino de la vida eterna.

Ésta es la convicción que se apoderó del editor de este libro al leerlo por primera vez, valorando los argumentos que presenta el autor, no solamente del Nuevo Testamento, es decir, de los apóstoles que convivieron con Jesucristo, sino también del Antiguo Testamento, hasta el punto que no pudo menos que preguntarse: ¿Cómo puede ningún creyente en la Biblia llamarse «Testigo de Jehová», si tiene todo el santo volumen en contra de las doctrinas profesadas por los seguidores de Russell?

Cualquier discípulo de Jesucristo que acepta tales doctrinas negativas se coloca en la línea de los judíos que se disponían a apedrear al Señor cuando éste les preguntó: «Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreáis?», y cuya insensata respuesta fue: «Por ninguna buena obra te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios a ti mismo» (Juan 10:33).

Esta actitud de cualquier creyente que profesa aceptar la Biblia, se hace merecedora de la invectiva que Jesús

dirigió a los saduceos materialistas de su época, a quienes dijo: «Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios», ya que las sagradas Escrituras son unánimes en reconocer la divinidad de Jesucristo.

Es un misterio incomprensible para la mente humana, pero un misterio creído y ampliamente afirmado por los apóstoles, que habían visto al eterno Hijo de Dios y habían escuchado esta verdad de sus propios labios.

«¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?» (El nombre mesiánico que usaba el Señor para referirse a sí mismo) (Mateo 16:13-17).

El apóstol Pedro respondió decididamente: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.» La respuesta de Jesús es clara y enfática: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre (o sea, ningún otro hombre de la tierra), sino mi Padre que está en los Cielos».

Pero el hecho de que nada menos que el Creador de cielos y tierra apareciese en forma de hombre es inexplicable para los hombres, y aunque no cabe dudar de las palabras de Jesucristo mismo, muchos hombres, limitados e ignorantes de las cosas de Dios, empezaron a hacer cábalas y suposiciones acerca del gran misterio. En los mismos días de los apóstoles aparecieron los presuntuosamente llamados gnósticos (o sea, amigos del conocimiento) tratando de unir la fe cristiana a diversas ideas de ciertos filósofos griegos, los cuales fueron refutados por los mismos apóstoles en pasajes como 1 Corintios 1:18 a 2:16; Colosenses 1:15-18 y Hebreos 1 a 2:18. La pretensión de tales sectarios y engreídos de falsa sabiduría era que Cristo Jesús no había sido Dios, sino un *«eón»* o mensajero divino de tercera o cuarta categoría.

Ha sido siempre el principal objetivo y empeño del

gran adversario de la fe cristiana, «Satanás», fomentar las divisiones entre los creyentes. Los del II siglo, sabemos que se dedicaban asiduamente a estudiar las «memorias de los apóstoles», o sea lo que hoy llamamos el Nuevo Testamento, y estaban dispuestos a sellar su fe entregando la vida tras horribles martirios. Entre los gnósticos más destacados figuraban Cerinto, Marción, Valentín y otros, contra los cuales escribieron los autores más fieles a las doctrinas apostólicas, como Policarpo, discípulo de san Juan, e Ireneo, que recibió de manos de éste el pastorado de la iglesia de Lyon, y quien redactó el libro *Adversus Haereses*.

Existe de mediados del II siglo un escrito apologético, dirigido al excelentísimo Diogneto —según muchos eruditos un ministro del emperador Adriano—, en el cual encontramos la siguiente declaración:

> «Porque no es, como dije, invención humana ésta que a ellos (los apóstoles) fue transmitida, ni tuvieron por digno de ser tan cuidadosamente observado un pensamiento mortal, ni se les ha confiado la administración de misterios terrenos.
>
> No, sino que Aquel que es verdaderamente omnipotente, creador del universo y Dios invisible, Él mismo hizo bajar de los cielos su Verdad y su Palabra santa e incomprensible y la aposentó en los hombres, y sólidamente la asentó en sus corazones. Y eso, no mandándoles a los hombres, como alguien pudiera imaginar, alguno de sus servidores, o a un ángel, o príncipe alguno de los que gobiernan las cosas terrestres, o alguno de los que tienen encomendadas las administraciones de los cielos, sino al mismo artífice y Creador del Universo, Aquel

> por quien creó los cielos, por quien encerró el mar en sus propios lindes; Aquel cuyo misterio guardan fielmente todos los elementos...
>
> Le envió para llamar, no para castigar; le envió, en fin, para amar, no para juzgar.
>
> Le mandará, sí, un día como juez, y ¿quién resistirá entonces su presencia?»

El inicio de la disensión arriana es referido por el historiador Eusebio de Cesarea con las siguientes palabras:

> «Pablo de Samosata, nombrado obispo de Antioquía en el año 260, pensaba de Cristo cosas bajas y mezquinas, contrarias a la enseñanza de la Iglesia, como si el Salvador hubiera sido por naturaleza un hombre ordinario; no creía en la divinidad de Jesucristo, en el cual habitó el Verbo divino, y al Espíritu Santo lo llamaba la virtud de Dios, que habitaba en Cristo de manera más excelente que en los profetas anteriores a Él» (*Historia Eclesiástica*, Libro VII, capítulo 29).

El empeño de explicar con palabras y argumentos humanos lo inexplicable del misericordioso propósito divino de salvar a los pecadores de este mundo, llevó a algunos cristianos al sabelianismo, o sea, confundir los tres nombres que de un modo bien distinto aparecen en la doctrina trinitaria del Nuevo Testamento: el de Padre, Hijo y Espíritu Santo, hasta el punto de afirmar que quien fue crucificado por nosotros no fue el Hijo de Dios sino el Padre, suponiendo que Dios había adoptado tres nombres y unas veces aparecía con uno y otras veces con

otro. Esta suposición, promovida por un presbítero llamado Sabelio, fue empero refutada por otros obispos con los escritos del Nuevo Testamento en la mano y considerada como herejía, de modo que no llegó a causar ninguna división importante entre los cristianos.

Pero no fue así con las ideas de Pablo de Samosata, quien había resucitado diversas herejías nacidas del gnosticismo y recibió un gran refuerzo con la adhesión de un diácono de Alejandría llamado Arrio. Éste había recibido el diaconado de manos de un pastor llamado Pedro, cuyos congregantes mantenían fielmente la tradición apostólica y aceptaban las declaraciones de Jesucristo tanto cuando dice «Yo y el Padre una cosa somos» como cuando afirmaba «El Padre mayor es que yo». El pastor que llamó a Arrio para el diaconado tuvo que separarle de la comunión de la Iglesia por su carácter querelloso.

Acudió entonces Arrio a un pastor de Bizancio llamado Aquila, quien le ordenó como pastor de la iglesia de Baucalis. Al morir Aquila, abrigó Arrio la esperanza de sucederle, por su innegable talento y erudición, pero fue elegido en su lugar un predicador no tan brillante, pero muy piadoso y consagrado, llamado Alejandro.

Pronto las críticas de Arrio se dirigieron contra éste, su segundo enemigo, a quien acusó de sabelianismo. Finalmente Arrio logró ser nombrado pastor de una iglesia de Alejandría, la ciudad en la cual antes había sido diácono, pero separado de la comunión de su Iglesia por Pedro, obispo en aquella ciudad.

Numerosos sínodos se reunieron entre los años 260 y 278 para discutir las ideas de Pablo de Samosata, quien, según lo describe Eusebio de Cesarea, no merecía el nombre de obispo por su carácter orgulloso, puesto

que se hacía rodear de pompas más propias de un magistrado político que de un obispo. El año 268 se reunió el tercer concilio de Antioquía, que lo anatematizó y lo depuso. Melquion, presbítero de Antioquía (la misma ciudad de donde salieron Pablo y Bernabé para evangelizar el mundo), tuvo a su cargo la refutación de los errores doctrinales de Pablo de Samosata.

En la convocatoria a este sínodo se menciona a Arrio como ardiente partidario de las ideas del samosatense, pues dice el propio Eusebio:

«Arrio ha reunido todos los pasajes que hablan del plan redentor y de la humillación del Señor por nosotros, para deducir de ellos la doctrina de su impiedad, rechazando en absoluto los pasajes que afirman su divinidad eterna y su inefable gloria con el Padre». La nueva predicación de Arrio causó sensación en Alejandría, y se ganó la simpatía de las mujeres del pueblo con argumentos como los siguientes: ¿Cómo pudo existir el Hijo de Dios antes de ser engendrado? ¿Es que acaso fuisteis madres antes de tener hijos? Ésta era, naturalmente, una absurda confusión del origen eterno y divino de la deidad del Verbo, con su nacimiento físico de la bienaventurada Virgen María.

Arrio compuso canciones que el pueblo cantaba, y se entregó por entero a una labor proselitista, llenando todo Egipto con sus doctrinas. Las disputas de los cristianos llegaron a ser una diversión que los paganos representaban en sus teatros.

Arrio no negó la adoración al Señor Jesucristo, pero buscó la solución del problema filosófico de su *kenosis*, no en las Sagradas Escrituras, sino en su argumentación logística, adornada con citas de los filósofos griegos. Con tal de honrar la persona humana de Cristo, estaba

dispuesto a añadir a ella todo cuanto fuera posible, pero sin llegar a reconocer su divinidad.

Tertuliano, obispo de Cartago y gran escritor y apologista del segundo siglo, había vislumbrado este peligro y levantó la voz de alarma diciendo: «¿A quién hemos de adorar, a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, o al ser supremo de los filósofos?» (el Dios desconocido de Hechos 17:23).

A partir del año 320 la tensión entre Arrio y Alejandro fue en aumento, de modo que este último creyó conveniente la celebración de un concilio, que se reunió en la misma ciudad de Alejandría en el año 321. Dicho sínodo condenó a Arrio y lo depuso de su ministerio en la Iglesia. Se produjeron algunos disturbios en Alejandría, y otro obispo, Eusebio de Nicomedia, de tendencia arriana, reunió otro concilio en Bitinia que pidió la rehabilitación de Arrio. Un historiador escribió que el mundo cristiano oriental estaba como un torbellino. Dos años más tarde, en 323, Constantino, que dos años antes había confesado la fe cristiana, derrotó a Licinio y se convirtió en el dueño absoluto del Imperio. La controversia arriana atrajo su atención y envió a su principal mensajero, Osio, obispo español de Córdoba, a Alejandría con una carta imperial aconsejando la paz entre Arrio y Alejandro; y aludía a la disputa como una cuestión sin provecho.

La mediación de Osio fue infructuosa, por lo que el emperador cursó una invitación a todos los obispos de la cristiandad para reunirse en Nicea el verano del año 325. Constantino asistió personalmente, y hasta dirigió una alocución en latín exhortando a la paz.

De los 318 obispos reunidos en Nicea, 301 votaban en favor de la doctrina de la divinidad de Jesucristo y

la Trinidad del Ser Divino, tal como se deduce de los escritos apostólicos del Nuevo Testamento. Solamente 17 obispos votaron en favor de las teorías de Arrio; sin embargo, el concilio no acabó con la controversia arriana. Los dos grandes líderes de aquella convocación mundial son conocidos en la historia con los nombres de Arrio y Atanasio. Siete años después del concilio de Nicea fue convocado otro sínodo en Tiro, compuesto por mayoría de obispos arrianos, el cual depuso al obispo Atanasio, y el emperador Constantino accedió al destierro de éste, cambiando la decisión que había hecho siete años antes.

Es fácilmente comprensible el cúmulo de dificultades que representaba el viaje de tantos obispos (o sea, pastores notables de las principales ciudades del mundo) a un sitio determinado, dados los pobres medios de comunicación que existían en aquellos tiempos; incluso, una vez congregados en una ciudad, el hospedaje de los mismos significaba muchas veces gran sacrificio y trabajo. Un escritor pagano se queja de que todo el sistema imperial de correo y viaje era molestado continuamente, al estar ocupado con tanta frecuencia por los obispos que se dirigían a los concilios.

Una vez ausente Atanasio de Alejandría, fue todavía más fácil para Arrio continuar atacando a los amigos de éste. La política veleidosa de Constantino no hacía más que causar cismas y divisiones. No se atrevió a privar a Atanasio de su carácter de obispo de Alejandría, por lo que esta iglesia siguió fiel a su exiliado pastor, hasta el punto que negó la comunión a Arrio cuando éste regresó a Alejandría.

Arrio se presentó ante Constantino con una confesión de fe ambigua en la que no se hacía referencia a los puntos controvertidos, la cual le pareció suficiente al emperador. Ansioso de la paz entre las iglesias cristianas por motivos de política, envió a Arrio a los obispos que se hallaban reunidos en Jerusalén para que el excomulgado fuera rehabilitado. Éstos así lo acordaron, y el emperador convocó una gran fiesta de rehabilitación en Constantinopla, la nueva capital del Imperio. Pero antes del día señalado para la ceremonia Arrio murió de repente.

Sus enemigos vieron en su muerte un juicio divino, comparándolo a la muerte de Judas; sólo Atanasio se refirió al suceso con la dignidad cristiana y caridad enseñadas por el Señor en todo el Evangelio.

Se celebraron más concilios en los que fueron condenados y restablecidos alternativamente obispos partidarios de Arrio y de Atanasio. La gran pregunta de Jesucristo se había convertido en una cuestión política; no obstante, tenemos que decir que la nota favorable a estos arrianos antiguos sobre los arrianos de nuestros días es que no rehuían el promover concilios para discutir con sus hermanos de fe ortodoxa y tradicional apostólica el importante tema básico de nuestra fe. En cambio, los arrianos descendientes de Russell, en nuestros días, tienen prohibido todo contacto con los creyentes que reconocen a Jesucristo como eterno Hijo de Dios, así como la lectura de cualquier escrito que no sea producido por sus jefes de «La Torre del Vigía» de Nueva York, bajo amenaza de excomunión y ostracismo de parte de los jefes subalternos de los llamados «Salones del Reino», en todo el mundo.

Los jefes militares de las tribus bárbaras del Norte, habiendo entrado más en contacto con los cristianos bizantinos de fe arriana que con los occidentales de Italia y España, profesaron el arrianismo, y cuando dichas tri-

bus invadieron el sur de Europa, impusieron la fe arriana hasta los días de Recaredo y la invasión islámica. Pero Dios ha tenido siempre sus testigos fieles a las enseñanzas del puro evangelio de Cristo consignado en los cuatro Evangelios y las Epístolas. Entre ellos descuellan el gran obispo Osio de Córdoba, Ambrosio de Milán, Cipriano de Cartago, san Isidoro de Sevilla, san Agustín de Hipona, Claudio de Turín, Pedro de Bruis (Francia), Pedro Waldo, Wycliffe y Juan Huss, mártires por su fidelidad a la Palabra de Dios en muchos asuntos y detalles de fe.

La misma doctrina apostólica de la Divinidad de Jesucristo y la Trinidad fue aceptada por los reformadores evangélicos del siglo XVI, que se atenían como nadie a las enseñanzas de la Sagrada Escritura.

De modo que la doctrina de la absoluta Divinidad de Jesucristo permaneció en el mundo entero, siendo aceptada tanto en los conventos como en las grandes universidades e iglesias de todo el mundo, hasta que en el siglo pasado, hombres que se atrevieron a poner fechas a la Segunda Venida de Jesucristo —en contra de la advertencia de Jesús en Marcos 13:32—, y fracasaron, llevaron adelante su audacia adoptando entre sus creencias la vieja doctrina de Arrio, de Pablo de Samosata y, hasta cierto punto, de los gnósticos de fines del primer siglo, refutados por los mismos apóstoles del Señor.

El presente libro es una obra extremadamente erudita, digna de ser publicada con más extensión en la sección de «Libros de consulta para seminarios y bibliotecas de pastores muy cultos, pero teniendo en cuenta la tenaz propaganda a que se dedican los Rusellistas, casa por casa, hemos creído necesario publicar tan excelente estudio bíblico como un libro popular, para que su módico

precio lo hiciera accsesible a un mayor número de usuarios cristianos, para confirmarles en la verdadera fe de Jesucristo.

Creemos, además, que muchos deberían tenerlo a mano para mostrarlo, y mejor aun, prestarlo, a estos tenaces visitantes, instándoles a que lo lean y se persuadan, como a muchos les esta ocurriendo, de que no les corresponde el título de «**Testigos Cristianos de Jehová**», siendo el de «**Testigos de Arrio**», el perturbador de la fe primitiva de los inmediatos discípulos de los apóstoles en los siglos II y III, haciéndoles caer a los pies del Cristo Divino, que vive y reina hoy con el Padre en las alturas, con la misma exclamación de Tomás «¡Señor mío y Dios mío!», ya que el Dios Jehová de la Biblia tenía y tiene declarado en los escritos de sus profetas y apóstoles. Por consiguiente, que el Mesías prometido a Israel y al mundo sería un ser divino co-igual al Padre y al Espíritu Santo, quien en virtud de su voluntaria humillación, naciendo, viviendo y sufriendo por los hombres, «ha recibido un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Filipenses 2:8-11).

SAMUEL VILA

PREFACIO

El presente estudio es una adaptación considerablemente ampliada del artículo «Christ as God», escrito originalmente en inglés, con la colaboración de don Jaime Taylor, para la revista canadiense *Open Forum*.

El tema abordado es central para la fe cristiana. La experiencia demuestra que siempre que se pervierte la enseñanza bíblica acerca de nuestro Señor Jesucristo, ocurren, tarde o temprano, graves desviaciones en otros aspectos doctrinales y prácticos.

Ésta es, pues, una obra sobre doctrina cristiana. Para muchos creyentes, la palabra *doctrina* (como la palabra *religión*) tiene una connotación de rigidez, dogmatismo y frialdad que les produce un instintivo rechazo, casi una reacción alérgica. Éste es un síntoma grave de falta de comprensión de lo que la Biblia enseña acerca de la vida cristiana.

Doctrina significa básicamente enseñanza, y en el presente contexto, enseñanza acerca de lo que, según la Biblia, deben creer los cristianos. Lo que uno *cree* es importante porque determina en buena medida lo que uno *hace*. En su excelente libro Principios Bíblicos del Arte de Aconsejar, (Editorial CLIE), el psicólogo cristiano Dr. Lawrence J. Crabb, Jr., demuestra claramente la relación entre lo que (errónea o acertadamente) cree una persona y lo que ésta hace. Las ideas erróneas determi-

nan conductas erróneas; las ideas confusas generan conductas incoherentes. Es cierto que la doctrina sin conducta es hueca; pero la conducta sin doctrina es, en el mejor de los casos, errática.

Muchos predicadores —y tal vez la mayoría de las obras cristianas recientes— enfatizan correctamente la importancia de la práctica de la vida cristiana. El problema, a mi juicio grave, es que estas exhortaciones con frecuencia carecen de la base doctrinal necesaria para fundamentar un determinado modo de vida. Así, muchos sermones, artículos y libros se transforman ora en un listado de «haz esto» o «no hagas aquello» (cf. Col. 2:16-23), o en simpáticas pero cuestionables recetas «infalibles» tales como «Siete (deben ser siete) Pasos para ser lleno del Espíritu Santo», o «Diez (también un número aceptable) sencillos principios para asemejarse a Cristo». No deseo ser mal interpretado. No niego en modo alguno la importancia fundamental de *actuar* correctamente: sólo afirmo que para el cristiano, el correcto actuar debe basarse en un pensar, creer y sentir acordes con lo que la Biblia enseña.

En Efesios 4:11-16, transcrito en la página 23, el apóstol expresó con fuerza y claridad incomparables el punto de vista bíblico. Pablo señala que la madurez y la plenitud espirituales, hacia las cuales debe dirigirse todo miembro del cuerpo de Cristo para que la Iglesia sea lo que su Cabeza quiere, exige «unidad en la fe» y «conocimiento pleno», buscar la «verdad en amor» y crecer en «Todo», para no ser fácilmente engañados o desviados de nuestro rumbo.

Por lo tanto, el presente estudio no se dirige sólo a pastores o a maestros (aunque confío en que el librito contiene material para varios meses de clases dominicales), sino *a todo creyente que, guiado por el Espíritu Santo, siente la necesidad de crecer en el conocimiento de Cristo, para amarle más y servirle mejor.*

Esta obra, por el tema tratado, podría ser mucho más extensa. Una razón importante de su deliberada brevedad es que está pensada para ser leída más de una vez. Sugeriría una primera lectura rápida, sin detenciones en citas bíblicas ni en notas. Una segunda lectura más pausada permitiría conocer la bibliografía consultada y la información suplementaria al texto (que se presenta en las notas 1, 7s, 13, 15, 20, 28, 30s, 51, 61 y 65s). En una tercera lectura se deberían buscar y leer en su contexto todos los textos bíblicos citados (cf. Hch. 17:11). Tal vez fuera recomendable una cuarta lectura de repaso.

Agradeceré todo comentario sobre errores u omisiones, o sugerencias para mejorar este estudio, el cual espero que contribuya, aunque sea en ínfima medida, a dar gloria a nuestro gran Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Mendoza, febrero de 1988

DR. FERNANDO D. SARAVÍ

«Y Él dio a algunos el ser apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y maestros, a fin de capacitar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo: hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños, sacudidos por las olas, y llevados de aquí para allá por todo viento de doctrina, por la astucia de los hombres, por las artimañas engañosas del error; sino que hablando la verdad en amor, crezcamos en todos los aspectos en aquel que es la cabeza, es decir, Cristo, de quien todo el cuerpo (estando ajustado y unido por la cohesión que los ligamentos proveen), conforme al funcionamiento adecuado de cada miembro, produce el crecimiento del cuerpo mismo para su propia edificación en amor.» Efesios 4:11-16.

INTRODUCCIÓN

La presente obra discute la base bíblica de la fe cristiana en la divinidad de nuestro Señor Jesucristo. A través de los siglos muchas personas, aun creyentes, han hallado tan extraordinario el misterio de Dios encarnado, que han buscado explicaciones alternativas. Tal fue el caso de Arrio en el siglo IV,[1] cuyas opiniones fueron refutadas en el concilio de Nicea, Primero Ecuménico, del año 325. En nuestros días el grupo unitario (que niega la Trinidad) más influyente es el formado por los llamados Testigos de Jehová.

Esta obrita no pretende reemplazar a los tratados de Teología Sistemática en cuanto a una presentación completa de la persona y la obra de Jesucristo; a tales textos remitimos gustosamente a los lectores que deseen profundizar en aspectos no considerados aquí.[2] El objetivo de este trabajo es exponer con claridad y críticamente los textos pertinentes con respecto a la divinidad de Jesús.

En un estudio de esta naturaleza es imposible evitar toda especulación, a menos que se desee transcribir simplemente una lista de textos bíblicos. Lo que aquí se pretende es restringir la especulación a lo que los propios textos bíblicos dan de sí en el terreno exegético, es decir, en su explicación e interpretación. Las principales conclusiones derivadas de nuestro estudio son como sigue:

1. Jesucristo, el Hijo de Dios, es una persona diferente de Dios el Padre.
2. Jesucristo es verdadera, completa y perfectamente Dios y hombre al mismo tiempo (aquí se restringe la discusión sólo a su divinidad).
3. Jesucristo se ha sometido en forma completamente voluntaria a la autoridad de su Padre.

El Nuevo Testamento (N.T.) es notoriamente sobrio en su enseñanza de la divinidad de Jesús. Esta sobriedad puede haberse debido al ambiente religioso judío y pagano del primer siglo de nuestra era. Es posible que los escritores del N.T. hayan sido extremadamente conscientes de la tensión generada por la proclamación del señorío absoluto de Cristo, enclavada en una fe que se consideraba a sí misma monoteísta. Si la proclamación de la divinidad de Jesucristo hubiese sido más entusiasta y explícita de lo que fue, es probable que hubiese sido muy mal interpretada. Quizás por esta razón la deidad de Jesucristo no fue *explícitamente* incluida en las más primitivas predicaciones del Evangelio (v.g., Hch 2:14-40); es una verdad que puede ser captada —aunque quizás no plenamente comprendida— por los creyentes espiritualmente maduros. ¡Afortunadamente, Dios no puso como condición indispensable para la salvación la comprensión acabada de los misterios de la mente divina! (cf. 1 Co. 2:6; 3:1s). Por otra parte, es necesario destacar que esta tensión teológica en la doctrina no parece haberse reflejado con igual intensidad en el ámbito de la adoración de la Iglesia primitiva (véase el cap. 9: *Cristo es adorado*).

1

UN VISTAZO AL ANTIGUO TESTAMENTO

En esta parte deberemos contestar dos preguntas:

1. ¿Existe alguna afirmación del Antiguo Testamento (A.T.) que sea contraria a la divinidad de Jesucristo?
2. ¿Existe en el A.T. alguna afirmación de la divinidad de Jesucristo?

1. Es un hecho conocido que los apelativos *Elohim* y *Adonai* (Dios y Señor, respectivamente), empleados para referirse a Yahveh, son formas plurales. Es cierto que entre los antiguos era un uso aceptado el de utilizar plurales para enfatizar la dignidad de aquel que se deseaba exaltar; a esto se le llama «plural de majestad». Estas formas plurales se usan normalmente con verbos en singular. Sin embargo, existen casos en que, hablando Dios mismo, utiliza el *plural*; así en Gn. 1:26, «Hagamos», y Gn. 11:7, «descendamos y confundamos allí su lengua». A veces se le llama a esto un «plural de plenitud». Otros han sugerido que Dios hablaba con los ángeles.[3] Pero la Escritura afirma explícitamente que Dios estuvo solo en su labor creadora (cf. Is. 40:14; 44:24).

Además, en Gn. 1 se habla de Dios, de su Espíritu y de lo que Dios dice, esto es, su Palabra o Verbo. En resumen, no hay en Gn. 1 una clara enseñanza trinitaria, pero por cierto tampoco antitrinitaria.

Por otra parte, un análisis de los textos sobre el Ángel de Yahveh (Gn. 16:7-11) o Ángel de Dios (Gn. 31:11), que no es otro que el mismísimo Yahveh (Gn. 16:13; 18:1, 33; 31:13; 32:24, 30; Jue. 6:22s), demuestra que Yahveh se manifestó en forma visible a los hombres en el A.T. Estos textos contradirían abiertamente a Éx. 33:18-20, 23; Jn. 1:18 y 1 Jn. 4:12 (nadie ha visto jamás a Dios), a menos que se admita que estos últimos textos se refieren al Padre, y que el «ángel» o enviado de Yahveh, *que es Yahveh*, no es otro que el Verbo de Dios, es decir, Jesucristo, antes de la encarnación. Al respecto dice Kidner:[4]

> «En el Antiguo Testamento no se hace nada con esta paradoja, pero no debe sorprendernos que el aparente absurdo desaparezca en el Nuevo Testamento. Así como "el Espíritu de Dios" era una expresión del Antiguo Testamento que aguardaba su completa revelación en Pentecostés, así "el Ángel del Señor", como término para el mismo Señor, deviene significativo sólo a la luz de "Aquel a quien el Padre... envió al mundo", el Hijo preexistente».

En el mismo sentido debe entenderse la interesante frase de Zac. 3:2: «Dijo el ángel de Yahveh al Satán: ¡Yahveh te reprenda, Satán; reprímate Yahveh...!»

En la oración de Deuteronomio 6:4: «Oye, Israel, Yahveh nuestro Dios, Yahveh uno es», se ha querido ver

una afirmación de la unicidad *absoluta* de Dios. Sin embargo, no es esto lo que el texto afirma. Eichrodt[5] señala que la frase hebrea *sh'ma' yisrä'ël yahweh 'lö'hënü yahweh 'ejäd* puede traducirse también «Yahveh, nuestro Dios, es un Yahveh único» o bien «¡Yahveh es nuestro Dios, sólo Yahveh!», forma esta última que satisface perfectamente el contexto. Por otra parte, es un hecho llamativo que la palabra empleada para describir la unidad de Dios, el término hebreo *'ejäd*, no implica necesariamente unidad absoluta, sino que puede referirse a una unidad *compuesta*, como lo demuestra su uso en Gn. 2:24 (una sola carne), Jue. 20:8 (como un solo hombre), Sof. 3:9 (un mismo yugo), etc[6].

2. El segundo punto planteado puede responderse brevemente como sigue: La profecía de Is. 9:6, reconocidamente mesiánica, llama al Mesías *'ël gibbôr*, «Dios Poderoso», el mismo título que Isaías aplica a Yahveh unos versículos más abajo (Is. 10:21, igual que en Dt. 10:17 y Sal. 24:8). Otra gran profecía mesiánica dice que el Cristo o Mesías sería llamado «Yahveh nuestra justicia» (Jer. 23:5s).

En conclusión, aunque la doctrina de la divinidad de Cristo no recibe tratamiento formal en el A.T., al igual que lo que ocurre con la doctrina de la Trinidad y muchas otras, debe admitirse que el A.T. no sólo no niega la divinidad del Verbo de Dios, sino que claramente la insinúa y anticipa.

2

¿EN EL NOMBRE DE QUIÉN?

En el A.T., Yahveh fue reconocido como Señor.[7] La palabra griega *kyrios*, empleada en la Septuaginta[8] para traducir el hebreo *Adonai*, Señor, es el mismo título dado a Jesús en el N.T. Esto difícilmente puede considerarse casual, como tampoco lo es el hecho de que Padre e Hijo son llamados igualmente *despotës*, «Soberano absoluto» (cf. Lc. 2:29 con 2 P. 2:1).

El señorío de Cristo es descripto como supremo (Mt. 28:18; Ro. 14:10s; Fil. 2:9-11). Así como los profetas del A.T. se consideraban a sí mismos siervos de Yahveh (v.g., 1 S. 3:9s; Am. 3:7), los apóstoles del N.T. se consideraron a sí mismos siervos de Jesucristo (Ro. 1:1; 2 P. 1:1; Jud. 1). Esto no significa que el ser de Yahveh deba ser *unívocamente* identificado con la persona de Jesús, es decir, *no* implica que sólo Jesús sea Yahveh, pero sí que su señorío en el N.T. es comparable al de Yahveh en el A.T., como el mismo Señor enseñó (Mt. 22:41-43; Jn. 13:13; cf. 2 Ti. 1:18).

Es llamativo el hecho de que el nombre de Yahveh no se encuentra en el N.T. excepto formando palabras compuestas como «aleluya» (alabad a Yahveh), o «Je-

sús» (Yahveh es salvación, o Yahveh salvará). Los Testigos de Jehová afirman que el nombre de Yahveh fue suprimido deliberadamente por copistas cristianos del N.T., aunque no dan ninguna causa razonable para semejante supresión.[9] De este modo, cuestionan la autoridad y la fidelidad de las Sagradas Escrituras para sostener sus peculiares doctrinas. Cabría preguntarles: si el N.T. no es fidedigno en este punto, presuntamente tan importante, ¿qué hace suponer que sea confiable en otros aspectos?

El Nombre que está sobre todo nombre, según el N.T., es el nombre de Jesús (Fil. 2:9-11); éste es el nombre que los discípulos predican (3 Jn. 7), a pesar de las prohibiciones y amenazas (Hch. 4:17s; 5:40). Los creyentes estaban gozosos de haber sido considerados dignos de sufrir por este Nombre (Hch. 5:41), el único Nombre en el cual hay salvación (Hch. 4:12; 1 Co. 6:11) y perdón (1 Jn. 2:2). Debe recalcarse que en la Biblia el nombre se asocia estrechamente con lo nombrado; el nombre de una persona es lo que la persona es, e invocar un nombre es llamar a aquel cuyo nombre se invoca. Por esto, la significación que en el N.T. se le da al nombre de Jesús, análoga a la que en el A.T. se le daba al nombre de Yahveh, es extremadamente elocuente con respecto a las creencias de los discípulos en la divinidad de su Maestro.

La declaración «Jesús es Señor» es básica para la fe cristiana. Si esto fuera todo, uno podría pensar que en el N.T. el título «Señor», tal como se aplica a Jesucristo, carece de las implicaciones de divinidad que tenía en el A.T. Sin embargo, un somero examen del N.T. demuestra todo lo contrario: el título Señor se aplica tanto al Padre (o a la Trinidad) como al Hijo[10] (cf., v.g., Mt. 1:22; 4:7, 10; 5:33; Lc. 1:6, 9, 11, 32; 4:19; 20:37; Hch. 3:22

con Lc. 20:41-44; Mr. 1:3; Mt. 28:6; Jn. 20:28; Hch. 2:36; 7:59; 9:6; Ro. 1:3). En el Apocalipsis, los nombres y títulos de Dios que da Isaías (Is. 41:4; 44:6; 48:12) se aplican tanto al Padre como al Hijo.[11]

La presencia de Jesucristo con su pueblo (Mt. 18:20; 28:20) nos recuerda la presencia de Yahveh con su pueblo del A.T. (v.g., Éx. 13:21; Dt. 20:4; Jos. 1:9, 17); la mano de Jesús está con sus discípulos y contra sus enemigos (Hch. 11:20s; 13:11), como la mano de Yahveh lo estuvo en el A.T. (v.g., 1 R. 18:46; Esd. 7:6; 1 S. 12:15).

¿En el nombre de quién debemos alabar, bendecir, ordenar o bautizar? En el A.T., la respuesta era invariablemente: en el nombre de Yahveh. En cambio, la falta de uniformidad del N.T. en este punto es muy sugestiva, como lo demuestran los siguientes ejemplos:

1. En Mt. 28:20, Jesús ordena a sus discípulos que bauticen a los nuevos creyentes en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Sin embargo, leemos en el libro de los Hechos que muchos fueron bautizados «en el nombre de Jesucristo» (Hch. 2:38; 10:48).

2. En Hch. 16:16-18 la joven esclava poseída por el espíritu de adivinación gritaba: «Estos hombres son siervos del *Dios Altísimo...*», pero Pablo la exorcizó «en el nombre de *Jesucristo*».

3. Si bien en muchos casos de bendiciones el Padre se antepone al Hijo, también ocurre al revés. En 2 Co. 13:14, el orden es «la gracia del Señor Jesucristo y el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo» (cf. Gá. 1:1). Por otra parte, varias cartas concluyen con bendiciones en el solo nombre de Jesús (1 Co. 16:22s; Gá. 6:18; Fil. 4:23; 1 Ts. 5:28; Flm. 25; 2 P. 3:18).